

La mayor paradoja de la Iglesia es que viene a ser al mismo tiempo esencialmente tradicional y esencialmente revolucionaria. Aunque en realidad no es tan paradoja como parece, porque la tradición cristiana, en contraste con todas las demás, es una viva y perpetua revolución.

Todas las tradiciones humanas tienden al estancamiento, a la corrupción y a la decadencia. Tratan de perpetuar cosas que no pueden ser perpetuadas. Se aferran a objetos y valores que el tiempo irremisiblemente destruye. Se afincan en un orden material y contingente de cosas -costumbres, vestidos, arquitectura, poemas, lugares y actitudes- que inevitablemente cambia y cede lugar a algo diferente.

La presencia de un fuerte conservadurismo humano en el seno de la Iglesia no tiene que oscurecer el hecho de que la tradición cristiana, sobre natural en su origen, es algo absolutamente opuesto al tradicionalismo humano.

Porque la tradición viva del catolicismo es como la respiración del cuerpo físico. Renueva la vida eliminando lo utilizado. Es una constante, tranquila, pacífica revolución contra la muerte.

Como el acto físico de respirar mantiene al alma espiritual unida al cuerpo material cuya íntima naturaleza consiste en desintegrarse y corromperse, así la tradición católica mantiene viva a la Iglesia bajo los elementos materiales, sociales y humanos que se le van incrustando ~~sin~~ mientras su existencia discorra en este mundo.

La razón por la cual la tradición católica es una tradición es porque solo hay una doctrina viva en el cristianismo: nada nuevo tiene que ser descubierto. La vida de la Iglesia es la Verdad de Dios mismo, comunicada a la Iglesia por su Espíritu; y no puede haber otra verdad que yuxtaponerla al principio alguno para reemplazarla.

La única cosa que puede reemplazar una vida tan intensa esa una vida disminuida, una especie de muerte. La constante tendencia humana ~~de~~ alejarse de Dios y de esta tradición viva solo puede ser contrarrestada por un retorno a la tradición y por la renovación de la única e invariable vida que le fué infundida a la Iglesia en su principio.

No obstante esta tradición siempre tiene que ser una revolución, porque su estructura misma es negar los valores y las formas a los que la pasión humana tan poderosamente está adherida. A los que aman el dinero, el placer, la fama y el poder, esta tradición les dice: "Sed pobres, bajad a los fondos de la sociedad, tomad el último lugar entre los hombres, compartid la miseria de los desposeídos, amad a los demás y servidlos en vez de haceros servir por ellos. No los resistáis cuando os persiguen, rogad empero por los que os maldicen. No busquéis el placer, sino que desentendándoos de las cosas que agradan a los sentidos y a la mente buscad a Dios en hambre, sed y obscuridad, a través de los desiertos del espíritu, viajar a través de los cuales pareciera locura. Tomad sobre vosotros la carga de la cruz de Cristo, que es la humildad, la pobreza, la obediencia y la renunciación de Cristo y encontrareis paz para vuestras almas".

Esta es la revolución más completa que jamás haya sido predicada: de hecho es la única verdadera revolución, porque todas las demás piden el exterminio de algún otro, pero esta exige la muerte de ese hombre que, en la estimación práctica de la vida, has llegado a creer que eres tú.

Una revolución se entiende que es ~~algo~~ un cambio que dé vuelta completa a todo. Pero la ideología de una revolución política nunca cambiará nada más que las apariencias. Arderá la violencia y el poder pasará de un partido a otro, pero cuando se desvanece el humo y los cuerpos de los muertos están todos enterrados, la situación será misma que antes: habrá una minoría de fuertes en el poder explotando a los demás para su provecho. Reinará la misma codicia, la misma crueldad, la misma lujuria, la misma ambición, la misma hipocresía y avaricia que antes.

Porque las revoluciones de los hombres no cambian nada. La única influencia que puede eliminar la injusticia y la iniquidad de los hombres es la fuerza que alienta la tradición cristiana, renovando nuestra participación en la Vida que es la Luz de los hombres.

Para quienes no tienen personal experiencia de esta realidad y no alcanzan a ver sino esa costra exterior, muerta y humana del conservadurismo que tiende a formarse en torno de la Iglesia como las lapas que se adhieren al casco del barco, todas estas reflexiones de revolución les sonaran como contrasentido.

Cada cristiana y cada nueva edad de la Iglesia tiene que realizar su propio redescubrimiento, su vuelta a la fuente de vida cristiana.

Ello exige un acto fundamental de renuncia que acepta la necesidad de recomenzar en el camino hacia Dios bajo la guía de otros hombres. Esta aceptación en principio solo puede ser pagada con sacrificio y al final sólo una gracia de Dios puede mostrarnos la diferencia entre la aspera costración de formalidades que la Iglesia muchas veces adquiere por las naturalezas humanas que la componen y esa corriente viva, interior, de la Vida Divina que es la única auténtica tradición católica.

La noción de dogma aterroriza a los hombres que no comprenden la Iglesia. No llegan a comprender que una doctrina religiosa pueda recibir unos principios claros, definidos y autoritativos sin que se vuelva estática, rígida, inerte y pierda toda su vitalidad. Y en su frenético afán de huir de semejante concepción se acogen a un sistema de creencias vagas y fluidas, a un sistema en que la verdad pasa por mito y se mueve y varía como las sombras. En esta pátida e indefinida liminiscencia crepuscular de la mente hacen su propia y personal selección de fantasmas y toman buen cuidado de no sacarlos nunca a la plena luz del sol por miedo de evidenciar su insustancialidad.

Experimentan una especial simpatía por los místicos católicos porque creen que estos hombres excepcionales en cierta manera han alcanzado las cumbres de la contemplación en oposición a los dogmas católicos. Suponen que su profunda unión con Dios ha sido una sustracción a la enseñanza autoritativa de su Iglesia y una protesta implícita contra Ella.

Pero la verdad es que los santos han llegado al más profundo y vital así como al más individual y personal conocimiento de Dios precisamente por la enseñanza autoritativa de la Iglesia, precisamente por la tradición que esta autoridad guarda y cultiva.

El primer paso para la contemplación es la fe; y la fe empieza con el asentimiento a las enseñanzas de Cristo a través de su Iglesia; fides ex audita, qui vos audit, me audit. "Quien a vosotros es oye a mí me oye". Y "La fe empieza por lo escuchado".

No es la fórmula seca de una definición dogmática por sí misma la que instila la luz en la mente de un contemplativo católico: mas el asentimiento al contenido de esta definición ahonda y fertiliza una penetración vital, personal e incommunicable de la sobrenatural verdad que expresa - un conocimiento que es don del Espíritu Santo y que se satura con la Sabiduría del Amor, para poseer la Verdad en su infinita Substancia, Dios mismo.

Los dogmas de la fe católica no son meros símbolos ni desvaídas racionalizaciones que aceptamos como arbitrarios puntos de estímulo en torno a los cuales podemos provocar y sostener acciones moralmente buenas; todavía es menos verdad que cualquier idea puede servir tan bien como las que han sido definidas y que el antiguo pensamiento pío fomentaría esta vida moral en nuestros espíritus. Los dogmas definidos y enseñados por la Iglesia tienen un sentido bien preciso, positivo y definido que tienen que explorar y penetrar todos cuantos se dediquen a la contemplación si quieren vivir la vida espiritual en su integridad. Porque la comprensión de los dogmas es el camino próximo y ordinario hacia la contemplación.

Todo el que se lance a estas cimas tiene que adquirir algo de la precisión y agudeza del teólogo para apreciar el verdadero sentido del dogma. Cada cristiano debería adquirir una comprensión de sus creencias tan profunda como su estado le permitiera. Y esto significa que todos tienen que respirar la límpida atmósfera de la ortodoxa tradición y ser capaces de expresar sus creencias en correcta terminología, en terminología con contenido de ideas cabales.

Sin embargo no se llega a la contemplación con solo esfuerzo de la mente. Por el contrario, es fácil desorientarse en el bosque de los detalles de técnica que conciernen al teólogo profesional. Pero Dios da a los verdaderos teólogos un hambre nacida de humildad que no puede ser satisfecha con fórmulas y argumentos y que busca algo más íntimo a Dios de lo que la analogía puede darnos.

Esta hambre serena del espíritu horada la superficie de las palabras y alcanza más allá que la formulación humana de los misterios y busca, en la humillación del silencio y de la soledad intelectual y de la interior pobreza, el don de una aprehensión sobrenatural que ninguna palabra puede significar plenamente.

Trascendiendo la labor del argumento encuentra descanso en la fe y trascendiendo la algarabía del discurso aprehende la Verdad, no en distintas y perfiladas definiciones sino en la límpida oscuridad de una sola intuición que une todos los dogmas en una simple Luz que brilla en el alma directamente desde la eternidad de Dios, sin el intermedio del concepto creado, sin la intervención de símbolos, ni de lenguajes ni nada parecido a cosas materiales.

Aquí la Verdad es Uno a quien no sólo conocemos y poseemos sino por quien somos conocidos y poseídos. Aquí la teología cesa de ser un cuerpo de abstracciones y deviene una Realidad Viva que es Dios mismo. Y se nos revela en la total donación de nuestras vidas a El. Aquí la luz de la verdad no es algo que exista en nuestra inteligencia sino Uno en el que y por el que todas las mentes y espíritus existen y la teología no empieza a ser verdadera teología hasta que hayamos transcendido el lenguaje y hasta que hayamos superado los conceptos de los teólogos.

Este es el motivo por el que santo Tomás abandonó la Summa Theologica antes de finalizarla diciendo que todo aquello era "paja".

Pero con todo, cuando el contemplativo vuelve de las profundidades de su simple experiencia de Dios y trata de comunicarla a los hombres, necesariamente vuelve a ponerse bajo el control del teólogo y su lenguaje tiene que trabajar la claridad, distinción y precisión que canaliza la tradición católica.

De aquí que hay que andar alerta con el contemplativo que dice que la teología escolástica es todo paja, sin siquiera haberse molestado en leerla.